

de estratégico" que forman los misiles intercontinentales, los misiles lanzados desde submarinos y los bombarderos de largo alcance. Sólo el desarrollo del nuevo sistema MX costará entre veinte y treinta mil millones de dólares. A la construcción del "Pershing-2", misil de la llamada "zona gris" (su alcance es de 1.800 kilómetros), se dedicarán 145 millones de dólares.

En cualquier caso, es tal la capacidad destructora acumulada en los arsenales de las grandes potencias que parece perfectamente inútil seguir incrementándola sin más. De ahí que ahora los esfuerzos se dirijan sobre todo a fabricar nuevas armas dotadas de una mayor invulnerabilidad y una también mayor precisión en el disparo. Las cabezas nucleares de los nuevos misiles intercontinentales caerán dentro de un radio de 200 metros del blanco elegido. Distancia que podrá verse reducida a sólo veinte o treinta metros en un futuro cada vez más próximo.

Pero —y esto es si cabe todavía más preocupante— tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética están investigando un nuevo tipo de armas que, utilizando rayos láser de altas energías, podrán desintegrar en pleno vuelo a los satélites de reconocimiento y de alarma, que hoy son una garantía contra el estallido por sorpresa o error de una guerra total. Y no sólo a esos satélites, sino también a los misiles. Lo que equivale a dar por supuesto que alguien se encargará de pulsar el botón del "holocausto". Todo ello podría convertir además en papel mojado esos acuerdos que tantos esfuerzos, tanta paciencia y tanto dinero ha costado conseguir. Y que, pare colmo, ni siquiera aún están seguros. ■ J. R.

La nueva postura

DEBAJO de la solemnidad suele haber un hueco, y debajo de la trivialidad una pompa. Y toda disputa en torno a cuál de ambos tesoros debe hacer más codicioso a un hombre es puro bizantinismo. Porque acaso los estuches enseñen adornos distintos y hasta encontrados, pero no difieren en la joya escondida: aire.

Tan etéreo arranque viene a cuento de la última importación de bienes de equipo llevada a cabo en este dichoso país. Importación realizada seguramente para permitirnos advertir que son idos los duros tiempos de la travesía del desierto, al paso que nos regala lo necesario para morir a la intemperie. Pero, en fin, dar razón de cómo y por qué la solemnidad de la dictadura ha sido sustituida por la trivialidad presente no sólo desborda los límites de este espacio, sino lo que pretendo

contar. De modo que, de entre los ejemplos disponibles, me ceñiré al que me toca más de cerca: la elección de la trivialidad como arma de trabajo por ciertos sectores de nuestras capas cultas y muy en particular de las gentes de letras.

Sospecho que no anda tan lejos esta actitud de las minorías ilustradas de otros comportamientos del pueblo llano, pese a que aquéllas, cegadas por el arrobo del narciso, se piensan exploradoras de senderos recónditos. O de otro modo, entre el asiduo *voyeur* de los romances de "Vacaciones en el mar" y el exquisito que en la reseña de un libro marca el tono evocando el *grouchismo-leninismo*, media idéntico trecho que entre el flato y el hipo, y permítaseme seguir vagando por el estado gaseoso; los hechos imponen las fórmulas.

Que este país requiera y requiere una dosis de jovialidad no puede dudarle nadie en sus cabales. El cotidiano sobresalto del extremismo político, el arraigo de las tendencias tribales en cualquier tarea o la falta de pudor a la hora de colocarse o descolocarse para participar en la última rapiña constituyen incitaciones permanentes a la broma. Si de algo andamos sobrados es de destemplanza, y la convivencia fue siempre malherida por la torpeza para capear con una sonrisa lo que nos disgusta. La tradición colérica nacional probó ya, además, y en demasiadas ocasiones, que la ira no sirve a otro proyecto que el de la autodestrucción.

Pero la jovialidad es patrimonio del alma que se quiere jovial y no de ciertas edades, estamentos o ideologías. Y, desde luego, lo que pretende sustituir aquí a la tristeza del pasado no es el espíritu burlón, sino una caricatura de los juegos adolescentes, que a fin de cuentas llegan, cuando llegan, a erigirse

en remedo de los modales adultos. Y como todo momento tiene su afán y todo trabajo su propósito, y la vida no es siempre una fiesta, ni el mundo un montoncito de *happy few* —y menos cuando los rodea un millón largo de parados—, los ejercicios intelectuales concebidos al ritmo de tales bullicios se convierten en un esperpento más de los que este país engendra a la menor.

Apasionarse por si la Reina Victoria de Inglaterra contrajo sus nupcias morganáticas con las mismas bragas que las primeras y oficiales, puede aguzar, quién lo duda, el ingenio del ingenioso y tallar la risa del romo

en una cena de amigos. Debatir si los neoyorquinos han de temer menos de las ratas que de los cocodrilos ciegos, dueños hoy de sus cloacas por culpa de una moda *chic* ida al garete, le levanta el ánimo a la tertulia más

mortecina. Imponer ese estilo en las declaraciones públicas, reducir la literatura a una eutrapelia o negarse al examen del aterrador horizonte de nuestra cultura por el prurito de eludir la seriedad sólo consigue trocar lo que en tales comportamientos haya de real y legítimo —ánimo curioso, desconcierto o búsquedas— en un garabato grotesco.

Y, sin embargo, la toma de distancia irónica, la primacía del jugueteo y la voluntad de manifestar que se está de vuelta ganan adeptos. Y quién más quién menos —el que esto escribe incluido— cedió alguna vez a tales invitaciones a la fuga —que no a la danza—, cuya definición más conveniente sería la del prisionero que bautiza su celda de torre de marfil.

Estar de vuelta en una nación en crisis de identidad, que permaneció inmóvil durante cuarenta años y que por consiguiente no fue a parte alguna, parece un lujo que sus minorías, por muy viajeras que sean, no pueden consentirse. Sostener que pasaron ya los tiempos de una cultura de resistencia puede aceptarse si no se olvida que hemos de seguir resistiendo un aniquilamiento cultural feroz, con el que la dictadura no soñó en sus felices días de quema de libros —olvidarlo equivale a practicar sin más el arte del suicidio—. Definir el aislamiento de los escritores, o el desdén general por los intelectuales, como algo querido y no impuesto merece el calificativo que se da a los necios. Y no preguntarse, en fin, si el cosquilleo de lo frívolo como sistema podría ser el hervor de la cabeza que se corrompe vale, como poco, para perder del todo la cabeza.

Pero de momento lo que priva son estas burbujas. Ni siquiera, ya se ve, las de la chispa de la vida, cuya fórmula, todos lo sabemos, Coca-Cola no cede a nadie. ■

BURBUJAS

ISAAC MONTERO